

El regreso de los gigantes

Estamos sobre los hombros de niños y mujeres gigantes, Nefilim que se rebelaron contra el orden establecido, ocultos durante milenios bajo el Etna, responsables de innumerables desastres naturales debidos a su inmensa soberbia, y que ahora han vuelto a la luz del sol para indicarnos el camino hacia el Ragnarök.

Aquellos que crearon las islas y las montañas, que edificaron inmensas construcciones y que desafiaron abiertamente la autoridad de Dios, están ahora entre nosotros.

STEFANIA BISON

De las CENIZAS del PASADO los RECURSOS del FUTURO

Akira Zakamoto. El polo industrial de Porto Marghera. Es emblemático el escenario elegido por el pintor turinés para los lienzos realizados para esta muestra. Una elección nada casual —cargada de significados profundos— que deja bien poco espacio a dudas interpretativas. El nacimiento y el desarrollo de Porto Marghera se remontan a 1917, cuando el empresario veneciano Volpi obtuvo del ministerio de obras públicas la gestión financiera del proyecto para la construcción del puerto industrial. En cincuenta años la zona industrial se triplica, y de una producción ligada a los astilleros navales pasa a ser centro propulsor del sector petroquímico. El boom económico incrementa la producción, y junto con ella se multiplican los problemas relativos a la contaminación atmosférica y de las aguas lagunares y las serias y documentadas consecuencias sobre la salud de los trabajadores. Teatro de grandes fusiones empresariales, batallas y protestas sindicales, con la crisis del sector petroquímico Marghera empieza de nuevo a replegarse sobre sí misma. Progresivamente las fábricas son abandonadas, a la espera de un proyecto de recalificación y saneamiento de la zona. Y es precisamente en este momento cuando, bajo cielos plomizos saturados de contaminación y detrás de amenazadoras columnas de humo, llegan a grandes pasos los niños de Zakamoto. Olvidémonos de los amorcillos rubios de la iconografía del pasado, porque los de Akira no son niños cualesquiera. Son gigantes, y no sólo en la estatura, que con su mirada ora severa ora amenazadora destruyen chimeneas y esqueletos de fábricas. Y, mirándonos directamente a la cara, nos acusan. Difícil volverse hacia otro lado para evitar sus ojos, porque frente a ellos todos somos responsables del estrago ambiental y social que a lo largo de un siglo hemos conseguido crear. Son tan interesantes como inéditas las modalidades iconográficas elegidas por el artista para afrontar la temática del trabajo. En estas páginas pictóricas este último es evocado exclusivamente por los edificios que a lo largo de un siglo lo han albergado, así como la presencia de los obreros está sobreentendida pero nunca explicitada. También en este contexto Zakamoto se confirma como un pintor realista que sin embargo no respeta deliberadamente los cánones de este género de pintura. Akira no grita abiertamente

su denuncia contra la sociedad contemporánea, sino que la sublima y, sublimándola, indirectamente la condena. Son obras de fuerte e inmediato impacto visual, en las que los tonos oscuros y ásperos juegan un feliz contrapunto cromático con los rojos de las camisetas de los niños, que recuerdan significativamente las chapas de las fábricas. Observando estos lienzos nos damos cuenta de que todo está exactamente en su sitio, de que no hay nada de más ni que moleste a la vista, ningún descriptivismo superfluo destinado sólo a guiñar el ojo al observador y llenar el espacio. Como siempre, el artista logra dosificar con sabiduría las ausencias y las presencias, cargándolas de significado. Pero intentemos ahora cambiar de punto de vista y miremos estas composiciones pictóricas desde otro ángulo. Nos damos cuenta de que en realidad nada está completamente concluido y de que existe un resquicio de esperanza: los cielos pesados y cenicientos dejan sitio a jirones de azul que abren la vista a un futuro que puede y debe ser distinto. Si Zakamoto no hubiera querido concederse, y concedernos, una posibilidad de rescate, habría dejado que hablaran sólo los perfiles de los edificios industriales. Pero aquí los verdaderos protagonistas son los niños que, por definición, son la promesa y la esperanza del futuro. Son ellos quienes, destruyendo sin piedad el pasado, nos ofrecen la posibilidad de construir los cimientos de un mañana distinto y mejor. Así pues, Porto Marghera no es otra cosa que el emblema de un siglo que ha cambiado radicalmente la economía y la sociedad, pisoteando a menudo los derechos del hombre y las individualidades. El niño que nos mira con una sonrisa burlona en la obra El fin del trabajo es en realidad el punto de partida desde el que volver a empezar. Porque todo final presupone siempre un nuevo comienzo.

STEFANIA BISON

SOBRE LOS HOMBROS DE LOS GIGANTES

El mundo visto por Akira Zakamoto. Sólo en los artistas, es sabido, la vida adulta es la continuación natural de la infancia; por eso se dice que los artistas son grandes niños. Alberto Savinio

Del primer encuentro con Akira Zakamoto recuerdo sin duda mi mal disimulado intento de descubrir en su rostro alguna reminiscencia de fisonomía oriental: nada que hacer, Akira no es japonés, ni tiene en su árbol genealógico antepasados procedentes de la tierra del Sol naciente. Después, leyendo su biografía, que lo cuenta raptado por los extraterrestres, me pregunté con cierta curiosidad qué tipo de pintura podría hacer. Me ocurre a menudo, tras conocer a un artista, tratar de intuir su tipo de pintura. Niños, muchos, captados en sus expresiones más naturales, pero también y sobre todo en las más increíbles. No, no me habría esperado que Akira pintara, no sólo, sino principalmente, niños. La infancia vive dentro y al lado de cada uno de nosotros, a pesar de ser la única dimensión de la que todos estamos, irremediablemente, excluidos. Es un universo multiforme, fascinante, pero al mismo tiempo ignoto y misterioso. Desde hace siglos solicita la atención y la creatividad de

filósofos, poetas, escritores y artistas; es un viaje à rebours al que pocos han sabido resistirse, y que cada uno de nosotros, de formas distintas, ha intentado emprender al menos una vez en la vida. Quizá porque representa, a la vez, nuestro pasado y uno de nuestros posibles futuros. Fascinante, sin duda. Inquietante, sin duda. La realidad es que la infancia mirada desde lejos se tiñe siempre de una intensa melancolía, porque es el mundo perdido, y representa sobre todo un modo de sentir, ver, tocar, único e irrepetible, del que la edad adulta ha perdido el conocimiento directo. De los niños envidiamos el asombro con el que miran las cosas, con el que intentan indagar el misterio de la vida. ¿Ingenuos? No, todo lo contrario. Y los lienzos de Zakamoto nos lo demuestran. Olvidémonos de las cabezas rubias y de las formas deliciosas de los amorcillos. Los niños de Akira son auténticos gigantes —y no sólo en la estatura— depositarios y portadores de una sabiduría antigua y al mismo tiempo todavía en devenir. Y he aquí, pues, que nosotros los adultos somos los enanos sobre los hombros de estos niños-gigantes, y encaramados a ellos tenemos la posibilidad de mirar más allá. Más allá de lo visible, más allá de lo tangible. Más allá de todo lo que nos ata, y obliga, al presente. No nos dejemos engañar, sin embargo, por los lienzos de Zakamoto. Porque a pesar de su esencialidad constructiva son portadores de mensajes que no se descodifican de inmediato ni con facilidad. Y por esencialidad entiendo el equilibrio limpio y lineal que domina cada una de sus páginas pictóricas. Observando una obra suya no tardamos en darnos cuenta de que todo está exactamente en su sitio, de que no hay nada de más ni que moleste a la vista, de que no existen descriptivismos inútiles y superfluos destinados sólo a llenar el espacio. Ausencias y presencias están dosificadas sabiamente por la mano de un artista al que, en mi opinión, no le interesa gustar a toda costa. Akira ha asimilado la historia del arte del siglo XX y al mismo tiempo parece haber hecho tabla rasa de ella. Sus obras no tienen pasado —y por tanto es inútil buscar citas y conexiones con él— pero tienen un presente que vive y grita imperiosamente en cada detalle. Consideremos pues a Zakamoto un pintor realista de nuestro tiempo, que no grita su denuncia contra la sociedad contemporánea, sino que la sublima y, sublimándola, indirectamente la condena. Subvierte el mundo que conocemos, cambiando las relaciones de fuerza entre las cosas: nos lleva de la mano a un mundo liliputiense en el que las casas se vuelven de pronto pequeñas y los niños gigantes que, no por casualidad, casi siempre nos dan la espalda. Nos lleva a una playa en la que un grupo de mujeres maduras queda dominado por la figura gigante de una niña vestida con la bandera china que emerge del mar y corre veloz hacia la orilla: he aquí la sublimación de la realidad, que asume sin embargo los contornos de una advertencia sobre lo que el futuro podrá depararnos. Pero el suyo es también el mundo en el que Agnese se pierde mágicamente entre las nubes, en el que Matteo —muchachito y héroe a la vez— es un Superman que descansa de las fatigas de llevarnos sobre los hombros. El suyo es el mundo que podemos ver a través de la mirada del niño que, esperanzado y con la bolsa de la

merienda en la mano, empieza su primer día en el futuro. Y es un mundo que, a pesar de todo, nos llena de esperanza y nos gusta.

Luca Mottese

mottese.com — Texto original en italiano